

“Sin indígenas, decía, esta tierra nada vale.”

Gracias a la obra de Inés Suárez, tenemos la suerte de descubrir el mundo del siglo XVI en el que fue conquistado el Nuevo Mundo. Los indios forman parte de este recorrido y ocupan una posición fundamental para comprender la historia de esos pueblos. El encuentro entre dos civilizaciones que un siglo antes no sospechaban su mutua existencia, plantea el problema de la alteridad.

Antes de emprender la travesía, los estereotipos están en todas las mentes. Los incas eran considerados como un pueblo cruel que controlaba a su pueblo con ferocidad. Se dice que los castigos eran espantosos, tanto para los hombres como las mujeres o los niños. Hablaban también de matrimonios entre hermano y hermana, especialmente para el Inca que debía preservar la pureza de su sangre. El trabajo empezó en la infancia y duró hasta la muerte. Muchas veces, Inés utiliza la palabra raza para describir a los indios. Toda la historia se construye alrededor de la conquista del Sur por los españoles, desde el Bio-Bio peruano hasta Chile. Los incas creían en otros dioses y para los españoles de la época no eran sino almas por evangelizar. Los españoles cuentan que los indígenas los tomaron por dioses sanguinarios y despiadados como lo eran los suyos, con lo que la sumisión del pueblo inca cambió de mano: la casta dominante de los orejones fue sustituida por la servidumbre a las castas de los militares y religiosos. El Inca, la divinidad suprema para este pueblo fue reducido a prisionero de lujo de Francisco Pizarro. Se producen insurrecciones como la del inca Manco que quería frenar el avance de los viracochas hacia Chile. Como bien dice Inés, se trata de una guerra sin cuartel por la hegemonía de un territorio sin posibilidad de conciliación ni enriquecimiento mutuo.

Los españoles en su afán por conquistar Chile, se encuentran con los mapuche, un pueblo que supuestamente provenía de Asia. Estos viven en un territorio más pobre en oro que el de Perú. Los mapuche apodan a los españoles “huincas”, esto es, gente mentirosa y ladrones de tierra. Los españoles también consideraban a los mapuche como un pueblo inculto y belicoso que al no tener rey, podrían someter fácilmente como los incas. Después de obtener la autorización de Pizarro para emprender la conquista de Chile, Inés, Valdivia y su tropa se toparon con los mapuche. Conocidos como guerreros extraordinarios, pueden sufrir y prefieren morir antes que vivir como esclavos. Con el objetivo de construir la ciudad de Santiago y frente al rechazo de los mapuche, estalla una guerra que durará más de 40 años. A pesar de los esfuerzos diplomáticos de los españoles, los indios no aceptarán jamás su presencia. Inés comprende bien que es inútil esclavizar a los mapuche que no comprenden según ella la idea de trabajo. En esta situación, la ambición de los extranjeros de construir una ciudad choca con las aspiraciones de los mapuche de vivir en libertad, desnudos y ubicados en un presente intemporal. Así, una vez más los estereotipos y la diferencia entre las dos culturas separan a las dos poblaciones que tienen más semejanzas de lo que piensan, como por ejemplo el lugar de la mujer en la sociedad y también la organización para la guerra.

Sobre todo, lo que plantea preguntas es la reflexión etnográfica de Inés con respeto a los mapuche. Hablamos de etnografía porque Inés ha aprendido la lengua de los mapuche, vive en el mismo territorio y los mapuche fueron sus enemigos en aquella conquista. Tiene sentimientos ambivalentes, porque siente una forma de admiración por estos guerreros y por otro lado, no puede perdonarles por la muerte de Valdivia. Además, Inés no acepta cambiar el nombre “mapuche” por la denominación exógena de “araucanos”. Tiene una perspectiva muy precisa del pueblo mapuche que transmite al lector, y le permite conocer los valores de un pueblo al que simplemente considera diferente y no primitivo. En aquella época no se aceptaba fácilmente la diferencia y las ciencias como la sociología no existían. Sin embargo, Inés nos explica que los mapuche no conocen la codicia, solo el cielo o la tierra tienen importancia. El pueblo sabe aceptar los momentos de paz, y sobre todo tiene como valor central la familia y la tribu. Pero tampoco saben aceptar la presencia de extranjeros. A través de todas esas observaciones, Inés nos brinda un análisis de cómo estaban organizados los mapuche, tanto de manera estructural como social. Nos describe la realidad tal y como la percibe, pero trata de decirla de manera objetiva.

En el siglo XXI, los pueblos amerindios han conocido un renacimiento acompañado por un respeto inédito; eso a permitido que su demografía aumente más rápidamente, que la pobreza retroceda lentamente, pero no escapan a la mundialización y la era de Internet. Aún así, la tradición no impide su acceso a la modernidad, sino que coexiste con las nuevas tecnologías.

Manon Robillard
Anthony Huang